

Utopismo y prefiguración

Por: Portal oaca. 22/11/2022

Este es un texto de Ruth Kinna del 2016, titulado "Utopianism and Pr"

Para los anarquistas, las utopías se tratan de acción. Como sostiene Uri Gordon, las utopías están «conectadas umbilicalmente a la idea de revolución social»^[1]. El tipo de acción que describe la utopía es un tema de debate. Este ensayo examina cómo el pensamiento utópico da forma al pensamiento anarquista y destaca algunos cambios recientes en los usos políticos de la utopía. El utopismo no se trata como un concepto o método abstracto, ni como un género o lugar literario, porque no es así como los anarquistas han entendido la idea. La utopía, señala Gordon, “siempre ha significado algo más que un ejercicio hipotético en el diseño de una sociedad perfecta”. Como idea revolucionaria, la utopía está ligada al principio de prefiguración.



La prefiguración ha sido identificada como un concepto central en el pensamiento anarquista contemporáneo y se invoca cada vez más para resaltar el carácter distintivo de las prácticas, acciones y movimientos anarquistas. En 2011, dos meses después del inicio de Occupy Wall Street, David Graeber identificó la política prefigurativa como uno de los cuatro principios característicamente anarquistas del movimiento, siendo los otros tres la acción directa, el ilegalismo y el rechazo de la jerarquía. Insinuando el utopismo del concepto, describió a Occupy como un intento genuino de «crear las instituciones de la nueva sociedad en el caparazón de la

vieja». Siguiendo la idea, vinculó la prefiguración con la creación de «Asambleas Generales democráticas», la toma de decisiones por consenso y una gama de instituciones de ayuda mutua y autoayuda, incluidas «cocinas, bibliotecas, clínicas, centros de medios»[2]. El surgimiento espontáneo de estos cuerpos y prácticas atestiguó la viabilidad de las aspiraciones radicales, en formas que podrían considerarse contrarias a la idea tradicional de la utopía como un reino imaginario de la inexistencia o imposibilidad ideal. Sin embargo, en la medida en que acciones como Occupy exponen la debilidad de los despidos oficiales del cambio social igualitario, capturado en el mantra “no hay alternativa”, también son utópicas.

Si bien hay poca disputa sobre la centralidad de la prefiguración en las literaturas anarquistas, hay una variación considerable sobre la política utópica que la acción prefigurativa fomenta y rechaza de diversas maneras. El ensayo muestra cómo el modelo de utopismo (asociado con los socialistas utópicos de mediados del siglo XIX) sirve como contraste para el anarquismo contemporáneo. También toca el conocido encuadre de Abensour de la «utopía como deseo» para ilustrar la unión del utopismo antiutopista con algunas concepciones recientes del utopismo anarquista. Al examinar los debates sobre la interrelación de estos dos conceptos y, en particular, las continuidades y discontinuidades en la historia del pensamiento anarquista, es posible capturar el espectro de la práctica política utópica que describe la prefiguración, que se extiende desde un compromiso utópico hasta un encuadre sociológico de alternativas a un abrazo distópico de una psicología del deseo.

Prefiguración

Para Benjamin Franks, la prefiguración es el principio que utilizan los anarquistas para evaluar la legitimidad de las acciones y define el concepto en términos de una relación entre fines y medios. Un compromiso anarquista fundamental, argumenta, es que “los medios tienen que prefigurar los fines”[3]. En la teoría política normativa, el compromiso con la prefiguración lleva a los anarquistas a rechazar tanto el consecuencialismo, la idea de que los resultados de las acciones son las medidas adecuadas de rectitud, como la deontología que, en cambio, considera la justicia de las acciones en términos de deber o conformidad con normas o leyes establecidas[4]. La prefiguración, argumenta Franks, lleva a los anarquistas hacia la ética de la virtud, una posición que fundamenta la moralidad en el carácter o comportamiento y las intenciones de los actores. Además, Franks asocia la prefiguración con lo que él denomina «ética pragmática». Esto significa que los anarquistas rechazan el

instrumentalismo, o el principio de que “el éxito de un plan está determinado por su eficacia en la consecución de los objetivos”[5]. Franks asocia el instrumentalismo con Max Weber. Sin embargo, su elisión del instrumentalismo con el consecuencialismo lo lleva a identificar un abanico de exponentes, desde J. S. Mill hasta Lenin, e incluso a aplicarlo a doctrinas que buscan desvincular la evaluación de la acción de las consideraciones de rectitud por la sustitución de la mera «necesidad». El maquiavelismo y el nequevismo son ejemplos. En contraste con este amplio cuerpo de pensamiento, la prefiguración anarquista colapsa la distinción entre medios y fines. En términos que recuerdan el precepto de tintes anarquistas de Gandhi de ser el cambio que deseas ver, Franks sostiene que las acciones «encarnan las formas de relación social que los actores desean ver desarrollarse»[6]. Las implicaciones políticas son que los comportamientos cotidianos son fundamentales para la práctica anarquista y que las decisiones que toman los individuos en la conducción de sus vidas proporcionan un lugar principal para las acciones anarquistas. Cindy Milstein se hace eco de esta comprensión. La prefiguración, argumenta, es

“la idea de que debe haber una relación éticamente coherente entre los medios y los fines. Los medios y los fines no son lo mismo, pero los anarquistas utilizan medios que apuntan en la dirección de sus fines. Eligen acciones o proyectos en función de cómo encajan en objetivos a más largo plazo. Los anarquistas participan en el presente de la forma en que les gustaría participar, mucho más plenamente y con mucha más autodeterminación, en el futuro, y animan a otros a hacerlo también. La política prefigurativa alinea los valores de uno con las prácticas de uno...”[7]

La prioridad asignada a la intención como una norma de rectitud no es nueva en el pensamiento anarquista. El anarquista del siglo XIX Kropotkin defendió a los asesinos de Alejandro II en 1881, precisamente en estos términos[8]. Del mismo modo, el anarquismo ha sido durante mucho tiempo asociado con el rechazo del instrumentalismo: Weber enmarca su crítica de Tolstoi, en términos de la prioridad asignada por los anarquistas a la “ética de los fines últimos” sobre la “ética de la responsabilidad”[9]. Sin embargo, el término “prefiguración” no aparece en los discursos anarquistas del siglo XIX, al menos no habitualmente. Para algunos autores contemporáneos esta ausencia es significativa y su aparición en las últimas dos décadas, o bien, captura el hecho de que ha habido un cambio en el pensamiento, o tal vez en el énfasis, en el pensamiento anarquista contemporáneo en el período posterior a la II Guerra mundial[10]. De hecho, algunos vinculan el concepto fuertemente al activismo reciente. La fuerte asociación a veces entre la

organización del trabajo y el anarquismo histórico, por una parte, y la dicotomía entre el anarquismo social y de estilo de vida, por el otro, ha animado este punto de vista (aunque los defensores de la prefiguración rechazan rotundamente la crítica del anarquismo de estilo de vida que Murray Bookchin avanzó cuando se consolidó esta distinción)[11]. Para dar un ejemplo, en “Tratar de ocupar Harvard” notas Philip Cartelli:

“Desde el comienzo de Occupy Wall Street, se ha hablado mucho de su política prefigurativa, un modo cada vez más popular de organización y práctica política entre los movimientos de base de la izquierda durante el último medio siglo que modela el tipo de sociedad democrática en la que aspiran a vivir. Sin embargo, en mi experiencia, es más probable que tales políticas radicales de estilo de vida atraigan a activistas fuera de los grupos políticos tradicionales, como los sindicatos o las organizaciones orientadas a temas específicos y políticas.”[12]

Marianne Maeckelbergh ofrece un relato similar, rastreando la prefiguración a través del feminismo de posguerra, “los movimientos antinucleares y por la paz, los movimientos de justicia racial en los EE. UU., los movimientos anticolonialistas y antidesarrollistas en el Sur global, y más tarde los movimientos de hágalo usted mismo y por el medio ambiente, todos los cuales alimentaron el movimiento de alterglobalización que desafió el derecho de las organizaciones multilaterales (OMC / BM / FMI / G8) a gobernar el mundo”[13]. En este contexto, la prefiguración es una expresión de la política contracultural que desapareció a finales de los años 60 para resurgir en las recientes campañas anticapitalistas. Y en lugar de apegarse al «anarquismo» como tal, una doctrina que sugiere un compromiso ideológico denso y una práctica definida, la prefiguración está vinculada a las prácticas, libre de contenido específico. Maeckelbergh encuentra el contraste en la política programática a la antigua.

Las prácticas de hoy encuentran sus predecesoras en los movimientos de la década de 1960, cuando los activistas cuestionaron a gran escala la necesidad de un programa político unitario de cambio revolucionario (en otras palabras, la necesidad de determinar de antemano para qué es ‘para’ el movimiento)). Estas ideas a menudo adoptaron la forma de practicar la «democracia participativa» y construir relaciones sociales «autónomas»[14].

Las suposiciones estrictamente obreristas sobre el carácter y la composición del movimiento histórico son discutibles. Además, la identificación de la política

prefigurativa con determinadas olas de actividad o formas de práctica revela una tendencia al historicismo que es difícil de reconciliar con los tipos de agencia que la prefiguración destaca. La importancia de la dinámica de medios-fines en la política prefigurativa no es que mapee las acciones a un conjunto prescrito de formas aprobadas, sino que gobierna contra juicios basados ??en la consideración de resultados o, al menos, resultados determinados por cualquier otra persona que no sea «agente local»[\[15\]](#). De manera similar, el peso que se atribuye a las decisiones que toman los activistas cuando se involucran en la acción no es que la prefiguración dé como resultado un consenso moral o uniformidad política, sino solo que respalda la acción directa: el poder de transformación se coloca en manos de los individuos, actuando por sí mismos y/o en colaboración con otros.

En el discurso actual, la prefiguración se utiliza para describir el poder creativo de las luchas colectivas[\[16\]](#), el proyecto de construcción de un mundo nuevo en el corazón del viejo, ya sea en el sentido ordinario de la palabra, como presagio[\[17\]](#), o para describir las formas en que se expresan los deseos revolucionarios con respecto a la íntima relación entre transformación social y acción en el presente[\[18\]](#). Como Franks, David Graeber sitúa el compromiso con la acción directa en la vida cotidiana en el centro de los discursos prefigurativos[\[19\]](#). La prefiguración está vinculada a la creatividad, la subversión, la alegría y al desarrollo de relaciones y formas de vida alternativas. La política prefigurativa, afirman Federico Campagna y Emanuele Campiglio, “van de la mano con el deseo de una imaginación a largo plazo y de amplio horizonte”; la prefiguración se trata de “el ejercicio continuo de contrastar los paisajes imaginarios con las necesidades y los flujos subterráneos de la vida cotidiana”[\[20\]](#).

En todos estos sentidos, la prefiguración cuestiona la asociación frecuente e irreflexiva del anarquismo con la destrucción y, en cambio, enfatiza las características experimentales, productivas e innovadoras de las prácticas anarquistas que desafían y buscan reemplazar o desafiar las formas sociales jerárquicas y opresivas. Como sostiene Franks, la política prefigurativa describe el rechazo del vanguardismo y las certezas “científicas” sobre las que se ha construido el elitismo revolucionario y el repudio de las variedades de socialismo que han producido las estrategias de vanguardia: dictaduras sin clases pero altamente centralizadas e industrializadas[\[21\]](#). Así como rechaza la imposición de medios dictatoriales, incluso fugaces y temporales, la prefiguración abarca acciones que no logran más que ganancias transitorias y momentáneas en la autonomía. Las acciones locales y directas que aportan estos beneficios fomentan comportamientos

transformadores. En resumen, la prefiguración descarta ciertos enfoques del cambio social, pero deja la especificación de comportamientos abierta a los activistas. A este respecto, y en el contexto de los debates sobre las continuidades y discontinuidades de los movimientos anarquistas históricos y modernos, el enfoque de Franks sobre la prefiguración parece maleable tanto para la política del siglo XIX como para las campañas posteriores a la segunda guerra y las formas contemporáneas de activismo. Sin embargo, como revela la relación entre utopismo y prefiguración, el utopismo del movimiento histórico parece fallar en contra de esta aplicación. En términos de Franks, la sospecha es que estas formas de utopismo admiten una brecha entre medios y fines, comprometiendo la prefiguración al dirigir la acción hacia la realización de objetivos predeterminados.

Prefiguración y utopismo

Es común encontrar que los anarquistas contemporáneos describen la prefiguración como una política utópica. En *Anarquismo y sus aspiraciones*, Cindy Milstein sostiene que imaginar un mundo «más allá de la jerarquía» es «parte de la prefiguración». E insinuando la continuidad del pensamiento anarquista, sugiere que al adoptar una política prefigurativa, el anarquismo contemporáneo “conserva un impulso utópico”^[22]. En su defensa del utopismo anarquista, Milstein sugiere de forma explícita como un rechazo de otros dos tipos. La utopía, sostiene, no es ni “un experimento mental, ni tampoco se trata de un proyecto o plan rígido”. Franks hace un punto similar. Prefiguración, argumenta, es compatible con el utopismo, pero califica las formas en que esto es así; y comparte la preocupación de Milstein de que las utopías por lo general caen en una de dos tipos principales: ideal abstracto o el modelo. El primero va en contra de prefiguración por extracción de acción de contenido práctico y el segundo mediante la aplicación de una disposición social ideal que hace del compromiso prefigurativo imposible. Volviendo a la dinámica de la relación medios-fines, Franks sostiene que el papel del pensamiento utópico no puede ser para delinear el “fin” o la finalidad de la acción, porque esto estimula tanto el consecuencialismo y el pensamiento estatista: tanto la idea de que la perspectiva de que los fines mitigan los daños de los medios empleados para su realización y, en primer lugar, que el objetivo puede ser predeterminado.

La concepción del utopismo del que Franks y Milstein están más preocupados por resistir es la pintada por los liberales antiutópicos, que vincula el utopismo con la planificación social rígida, el perfeccionismo moral y la determinación totalitaria del bienestar individual. En estos esquemas, los utópicos aparecen a menudo como

peligrosos fantasiosos, completamente desconectados de la realidad y ciegos a los costos sociales de sus ideales. En la literatura crítica sobre el anarquismo, este tipo de utopismo se inscribe típicamente en los retratos de Bakunin[23]. La respuesta de Milstein es tratar la utopía como un método vinculado a la práctica más que como un descriptor de una condición social. El utopismo anarquista «imagina formas de encarnar su ética y luego trata de implementarlas»[24]. La parecon, el modelo de economía participativa de Michael Albert, podría considerarse un ejemplo de este enfoque, aunque no es un ejemplo que ella cita[25]. Franks sigue una táctica similar. En la política prefigurativa, sostiene, la utopía puede ilustrar los principios anarquistas, modelar su funcionamiento práctico, inspirar acciones o proporcionar un trampolín para el desarrollo de nuevos discursos críticos, siempre que no sirva como el fin en sí mismo.

Además, Franks añade una psicología de la acción. El utopismo anarquista, argumenta, podría considerarse como un mito, comparable al mito de la violencia de Sorel. Al igual que el mito soreliano, el utopismo anarquista no se ve afectado por el fracaso de su logro[26]: tomando prestada la prolija formulación de Milstein, “los anarquistas están acostumbrados a perder[27]”. De esta forma, el mito indica una voluntad eterna de soportar la imposibilidad del éxito como condición de lucha. Además, el utopismo anarquista comparte las cualidades irracionales del mito de Sorel, que Franks captura en la noción de deseo. A la luz de la crítica liberal antiutopista, la invocación de Sorel parece extraña; como sostiene Mark Antliff, tanto la naturaleza con rostro de Jano del pensamiento de Sorel como la apelación a la violencia anestesiada son profundamente problemáticas. Sin embargo, el análisis cuidadoso de Antliff de Sorel también ayuda a explicar por qué el mito sigue siendo atractivo para los activistas contemporáneos como «un catalizador de inspiración revolucionaria». Para Sorel, señala Antliff, “los mitos presentaban al público un ideal visionario cuyo marcado contraste con la realidad actual agitaría a las masas”. Su invocación del mito fue un indicador del papel que atribuía a la emoción y la intuición en la acción social. También fue una señal de su rechazo a la “planificación racional” y, más concretamente, a la idea, que asoció con el reformismo socialista, de utilizar modelos sociales para delinear políticas de acción incremental[28].

Una fuerte tradición de pensamiento anarquista crítico, que se remonta al rechazo de Proudhon de todos los sistemas, da fe del antiutopismo que describen Franks y Milstein. Rudolf Rocker reafirmó convincentemente el antiutopismo del anarquismo [29]. Sin embargo, la asociación del anarquismo con la abstracción y el modelo del utopismo infunde mucho del pensamiento anarquista contemporáneo. El título del

prefacio de Christian Marazzi a *Por qué estamos luchando*, “Éxodo sin tierra prometida”, insinúa la persuasión de la autocrítica anarquista [30]. Más concretamente, Uri Gordon, Simon Tormey y Saul Newman han avanzado la crítica y han buscado distanciar el anarquismo contemporáneo de las doctrinas dominantes del siglo XIX. A menudo se identifica a Kropotkin como un exponente del tipo equivocado de utopismo: una forma inflexible, centrada en el destino más que en el viaje y arraigada en concepciones abstractas y esencialistas de la naturaleza y el florecimiento humano. En el trabajo reciente de Newman, la distinción relevante es entre “el «utopismo científico», en el que una futura sociedad anarquista se fundamenta en principios científicos y racionales y será el resultado inevitable de una revolución contra el Estado; y otro que podría denominarse «utopismo del aquí y ahora», en el que la atención se centra menos en lo que sucede después de la revolución y más en una transformación de las relaciones sociales en el presente” [31].

La discusión de Franks sobre la teoría política utópica del siglo XX ayuda a descubrir la razón por la que las tradiciones anarquistas históricas se han identificado persistentemente con el modelo del utopismo. Su opinión de que los anarquistas están más abiertos a comprometerse con el posmodernismo que otros tipos de socialistas (específicamente leninistas), debido a las concepciones fluidas de la utopía que apoya el posmodernismo, apunta a desarrollos teóricos en el campo de los estudios utópicos. El trabajo académico de Miguel Abensour ha sido muy influyente aquí. En una discusión reciente, que recomienda Newman, Abensour define el utopismo como una idea de “devenir”, término que utiliza para describir una condición ontológica ligada a la creatividad, individualidad e inventiva del deseo. Hay un sentido amplio en el que el utopismo captura un deseo particular, pero no es uno al que se le pueda dar contenido. Las utopías persistentes, a diferencia de las «formas eternas», designan «un impulso obstinado hacia la libertad y la justicia, el fin de la dominación, de las relaciones de servidumbre y de las relaciones de explotación». Este impulso es una “orientación hacia lo diferente, el deseo de la llegada de una alteridad radical aquí y ahora” [32].

Estos desarrollos innovadores en los estudios utópicos tienden a historizar formas de antiutopismo utópico, en gran parte en la crítica de las tradiciones marxistas vulgares, de la misma manera que los activistas contemporáneos historizan la política prefigurativa. Sin embargo, la divergencia de las tradiciones históricas anarquista y marxista rara vez se nota y el resultado es que la convergencia del utopismo anarquista y el antiutopismo utópico contemporáneo no se trata, como

sostiene Franks, como un cambio en el pensamiento utópico, sino como una revisión del anarquismo. Así, para Newman, el acoplamiento informa el rechazo de dos corrientes: una que asocia las tradiciones socialistas del siglo XIX con el obrero y una segunda que trata al socialismo como una filosofía de la ilustración que coloca automáticamente las visiones utópicas en un recuadro marcado como abstracción o plano. Sin embargo, otra lectura de la historia es posible y la apertura del utopismo anarquista contemporáneo «aquí y ahora» a formas de pensamiento posmoderno que Newman y otros vinculan con modificaciones paralelas en el anarquismo histórico se puede explicar igualmente por la distancia crítica entre el pensamiento utópico anarquista y otras formas de utopismo socialista. Como ha argumentado David Leopold, la vestimenta convencional “utópica” y “antiutópica” del socialismo del siglo XIX oculta diferencias significativas en la estructura del pensamiento político revolucionario[33].

En el siglo XIX, los argumentos sobre el utopismo se ensayaron a menudo en el contexto de un extenso debate sobre el papel de las herramientas represivas del estado como instrumentos de transformación revolucionaria. Las divisiones sobre este tema se convirtieron en marcadores de compromiso ideológico. Los anarquistas y otros antiautoritarios rechazaron firmemente la idea de que los poderes del estado pudieran usarse de esta manera y argumentaron que la posición contraria asumía un modelo de cambio que era elitista y, por lo tanto, contraproducente. Babeuf y Blanqui fueron identificados como los progenitores de esta estrategia. Las estrategias que los anarquistas propusieron en respuesta fueron utópicas, pero no en el sentido en que los autoritarios solían pintar tradiciones utópicas, por lo general refiriéndose a planos fantásticos y sin sentido. El indicador importante del utopismo como alternativa al elitismo del socialismo autoritario fue la expresión de los ideales anarquistas a través de acciones directas que trazaron medios consistentemente para los fines de la lucha. Por ejemplo, en los modelos de cambio insurreccionales bakuninistas, la destrucción de los derechos de propiedad individual, registrados en los registros de la propiedad, a menudo se identificaba como un medio de cambio revolucionario y se asignaba a un fin particular: la abolición de la propiedad privada. La destrucción de los registros fue un acto simbólico mediante el cual los sin tierra se deshicieron de las protecciones legales formales que respaldaban los derechos de propiedad y el sistema de explotación y opresión rural que sancionaban. La idea de la huelga general siguió una lógica similar, pero en lugar de quemar los registros de propiedad, los trabajadores tomaron el control inmediato y directo de la tierra y las fábricas y abandonaron la producción con fines de lucro. El

modelo tolstoyano era bastante diferente, involucrando múltiples actos individuales de rechazo, además de acciones colectivas, en particular para participar en sistemas de reclutamiento y regímenes de castigo. Aquí, la acción se dirigió hacia la realización de la coexistencia pacífica y la no violencia es el medio requerido. Para Kropotkin, la revolución tenía un aspecto insurreccional pero se sustentaba en un principio de retirada colectiva. Los fines fueron capturados en el principio de ayuda mutua. El medio apropiado fue la construcción de redes políticas, sociales y económicas, organizadas fuera del alcance del Estado, que aseguraran tanto que los activistas tuvieran acceso a las necesidades básicas en períodos de violenta represión e intensos combates, como que las relaciones sociales capaces de sostener las prácticas anarquistas fueron creadas antes del colapso del estado[34].

Al igual que los anarquistas acusaron a los autoritarios de centrarse en cuestiones de eficiencia o necesidad en el desarrollo de la estrategia revolucionaria –la misma crítica que Franks atribuye al leninismo–, también se mostraron cautelosos frente a la abstracción. En la obra de Bakunin la relación medios-fines se basa en una comprensión de la libre competencia conceptual. Los socialistas, según él, estaban unidos en su compromiso de “igualdad, la libertad, la justicia, la dignidad humana, la moral y el bienestar de las personas”. Pero estos no eran extremos, como tal, ya que el significado de estas ideas abstractas siempre estaba abierta a la interpretación: tomaron un matiz particular, cuando se “mapean por unos pocos sabios o genios”[35]. El elemento utópico de su anarquismo fue llenado por una visión de la gente común que negocian significados conceptuales a través de la lucha y el proceso de autoorganización, teniendo una vez tirado de los grilletes de su esclavitud en un acto directo de la insurrección. Kropotkin y Gustav Landauer desarrollaron sus alternativas utópicas a través de la crítica de las teorías socialistas de la historia, que consideraban abstractas[36]. Su especial preocupación era poner de relieve la estructura del socialismo científico de Marx y Engels y demostrar que la utopía anarquista se quedó a cierta distancia de ella. Marx, argumentaron, negó que fuera un utópico, pero conjuró una visión del futuro arraigando el socialismo en una teoría del cambio que asimiló las normas, prácticas y formas institucionales prevaletentes, y ridiculizó otras visiones imaginativas como sueños poco prácticos o caprichosos. Los sellos distintivos de su utopismo fueron, en primer lugar, la posibilidad de trabajar prácticamente hacia la realización de una política diferente y, en segundo lugar, el espacio que existía para el pensamiento creativo y el juicio moral al dar forma a esa política. En esto, Kropotkin se alineó con los socialistas utópicos de principios de siglo, particularmente con Charles Fourier, tanto para

mostrar la continuidad del anarquismo con estas tradiciones como para probar las posibilidades de realizar un mejor (más hermoso, emocionalmente rico, humano, agradable) futuro que el que la historia, sin intervención, parecía más probable que nos entregara de otro modo[37]. Sin embargo, al apelar a concepciones del deseo, rechazó explícitamente el falansterio y la clasificación de tipos de personalidad que la ciencia de Fourier definía[38].

Como sugiere Franks, los anarquistas contemporáneos reconocen una afinidad con formas de utopismo que rechazan el cientificismo, una característica generalizada de las formas dominantes del socialismo histórico. Sin embargo, la característica constante del pensamiento anarquista sobre el utopismo es el encuadre prefigurativo de la transformación social, un encuadre que de diferentes maneras fue diseñado para desafiar los principios de certeza e inevitabilidad. La utopía no se planteó como «el fin» en la relación medios-fines, sino que se invocaba para afirmar la posibilidad de diferentes alternativas, cada una dependiente de la acción directa y el principio del deseo. Como utópicos, los anarquistas elaboraron estrategias para el cambio consistentes con sus principios antiautoritarios precisamente para resistir utopías y proyectos abstractos no especificados.

Reconocer el carácter de textura abierta del utopismo anarquista histórico y su coherencia con la política prefigurativa contemporánea sugiere una posible reformulación de la concepción de prefiguración de Franks. Franks define la prefiguración en términos diádicos y sostiene que el anarquismo colapsa la distinción entre medios y fines. Su reconocimiento del elemento utópico en la política prefigurativa indica que la prefiguración describe una relación triádica y que el utopismo anarquista media los medios y fines de la acción anarquista, inyectándola con un conjunto de posibilidades que dan sentido a su interrelación ética. En una discusión del Comité de los 100, Nicholas Walter señaló el punto de esta manera: “el desarme nuclear unilateral como fin y la acción masiva no violenta como medio”. Las ideas utópicas que pusieron el fin y los medios en una relación prefigurativa fue la visión de Gran Bretaña que adoptó soluciones revolucionarias a los problemas sociales existentes, prohibió la bomba, abandonó la OTAN, se retiró de la Guerra Fría y adoptó el «neutralismo positivo», rechazando el «colonialismo» en el exterior y el racismo en casa”[39]. El utopismo puede tener diferentes sabores, pero para ser prefigurativo, las recetas anarquistas de los libros de cocina del futuro deben incluir este ingrediente.

Cuestionar la conjunción del anarquismo histórico con el utopismo rígido también

desafía la afirmación de que los cambios que Franks observa dentro de los estudios utópicos se trazan claramente a una evolución dentro del anarquismo desde el utopismo abstracto o modelo, por un lado, al utopismo «aquí y ahora» por el otro. . Al restablecer la relación entre el anarquismo y los estudios utópicos, es posible ubicar los cambios significativos en la política anarquista de la utopía en otros lugares. Aunque existen considerables superposiciones entre las formas históricas y contemporáneas de política prefigurativa, el cambio detectable radica en la psicología de la acción a la que se refiere Franks en su análisis de Sorel. En otras palabras, el distanciamiento del anarquismo contemporáneo del histórico ha alentado un alejamiento de la aspiración positivamente utópica y hacia el encuadre distópico del deseo utópico.

El anarquismo y los usos políticos de la utopía

Eliminar el utopismo anarquista de las taxonomías binominales que distinguen el anarquismo histórico, obrero e ideológico del horizontalismo antiideológico contemporáneo revela la existencia de un espectro de prácticas utópicas y prefigurativas y sugiere una serie de usos políticos distintos para la utopía en el activismo contemporáneo. Las utopías podrían desarrollarse sociológicamente en un extremo de este espectro y aparecer como posibilidades nebulosas, vehículos del principio del deseo, en el otro. El peligro de invocar una transformación historizada más dura del utopismo anarquista, cristalizado en el concepto de prefiguración, es que un conjunto particular de enfoques del cambio social se valora a costa de otros. Reconocer el espectro sobre el que descansa el utopismo anarquista admite una diversidad de prácticas prefigurativas.

La literatura contemporánea muestra que el utopismo apoya la diversidad en el activismo. Entre las prácticas prefigurativas que contienen fuertes corrientes sociológicas se encuentran varios proyectos comunitarios de base. Shaun Chamberlain, por ejemplo, describe la “fuerza para un futuro mejor” en un proyecto de construcción de comunidad, fomentando una psicología colectiva de esperanza. En una discusión sobre el movimiento de Transición, argumenta, «si la desesperación es percibir un futuro indeseable como inevitable, un atisbo de una alternativa realista y bienvenida transforma nuestro desaliento en un impulso masivo para trabajar hacia esa alternativa»[\[40\]](#). En un espíritu similar, Mark Smith aboga por una forma de utopismo práctico que modela las formas de vida ecológicas a través de la estimación del riesgo global[\[41\]](#). Hay al menos una insinuación de Proudhon y Kropotkin en estos enfoques y un eco rotundo en la concepción de la posibilidad

utópica de Franco “Bifo” Berardi:

«Como la Fuerza y la Razón han fracasado como principios de cambio social y gobierno político, creo que debemos adoptar el punto de vista de la tendencia, no el punto de vista de la voluntad. La tendencia no es un ideal, una utopía, no es la proyección de un orden racional que la fuerza eventualmente implementaría. La tendencia es una posibilidad implicada en el presente estado de cosas, una posibilidad que actualmente no puede ser desplegada porque el presente paradigma de las relaciones sociales... hace tal despliegue imposible». [\[42\]](#).

Las utopías que priorizan las psicologías de la acción suelen girar en torno a la creación de espacios autónomos y la transformación de las relaciones sociales cotidianas. Los sueños y las visiones todavía tienen un lugar en estas líneas de práctica prefigurativa. La reciente discusión de Ben Lear y Ralph Schlembach sobre la esperanza y la desesperación incluye una demanda central, «lujo para todos», que recuerda el llamado de William Morris a la riqueza y el abandono de la riqueza. La utopía proporciona una forma de ir más allá de la desesperación que induce el capitalismo al proporcionar una “base de nuestra esperanza, no en el desarrollo capitalista, sino en su confrontación y eventual abolición”. Su utopía antiutópica lleva algunas otras características de su romance utópico.

Nuestra esperanza no es... utópica en el sentido de que no estamos en el negocio de pintar cuadros detallados de cómo será una sociedad poscapitalista. Eso no significa que no podamos imaginar o experimentar con relaciones sociales que no estén dominadas por la lógica de la acumulación y la valorización... Lo que sí decimos cuando hablamos de una alternativa es que rechazamos la lógica del capital. La visión de un mundo poscapitalista no es la del paraíso;... podemos y debemos imaginar un futuro en el que la producción de riqueza ya no esté ligada a las divisiones de clases y la relación laboral[\[43\]](#).

Sin embargo, una tendencia sorprendente en la política prefigurativa es hacia el escape distópico, más que hacia el logro utópico. La conclusión de Lear y Schlembach es que la indignación puede influir poderosamente en el cambio y que la «falta de voluntad para imaginar alternativas políticas más importantes» contribuye a la «sensación de desesperación y rabia» que sienten los activistas. En otros escritos activistas, la idea va un paso más allá. La utopía captura una política ilimitada, pero descrita negativamente como el deseo de resistir, rechazar o destruir. Mark Fisher evoca una idea de movimiento perpetuo, arraigada en un

impulso psicológico contra la muerte: “Como criaturas deseantes”, señala Fisher, “nosotros *mismos* somos lo que perturba el equilibrio orgánico”, o la tendencia hacia la regulación, la dirección y el control[44].

La discusión de Paul Goodman sobre el utopismo ofrece una forma útil de pensar sobre esta reformulación de la política prefigurativa. En una discusión sobre el dolor y la ira, Goodman relacionó el utopismo con la paciencia. Paciencia, argumentó, no significaba calma. Por el contrario, la utopía fue también un detonante de pasiones violentas: la ira, por los obstáculos para la realización del deseo y el dolor utópicos, por las cosas que se entendían ausentes a través de la identificación de ese deseo. Los utopistas fueron pacientes en el sentido de que estaban preparados para esperar el surgimiento del deseo sentido, a través de su ira y dolor. Esto significaba que el deseo utópico siempre tuvo un objeto e implicó un esfuerzo en el presente para asegurar su logro: la anticipación de la prefiguración de Goodman. En el activismo contemporáneo, el valor positivo que se atribuye a la capacidad de aprovechar las pasiones negativas (desesperación, indignación, odio y, en particular, rabia) no sugiere que la paciencia utópica se haya eclipsado. Pero su invocación sugiere un estrechamiento del utopismo anarquista contemporáneo y en la noción de prácticas prefigurativas abiertas a los activistas. La discusión de John Holloway sobre la rabia anticapitalista captura el estado de ánimo. Su preocupación es canalizar las fuerzas de destrucción en lugar de enfrentar su negatividad:

“Romper las ventanas de los bancos, disparar a los políticos, matar a los ricos, colgar a los banqueros de las farolas. Ciertamente, todo eso es muy comprensible, pero no ayuda mucho. Es el dinero lo que debemos matar, no sus sirvientes. Y la única forma de matar dinero es crear diferentes cohesiones sociales, diferentes formas de unirse, diferentes formas de hacer las cosas. Mata el dinero, mata el trabajo. Aquí ahora”[45].

Esta interpretación más negativa de la relación medio-fin sigue siendo prefigurativa y quizás recuerda la famosa declaración de Bakunin de que la pasión por la destrucción también es una pasión creativa. La diferencia es que la expresión justa de rabia, indignación o desesperación a menudo aparece en la literatura contemporánea como una condición del ser más que del hacer. Además, depende de la evocación de imágenes poderosamente distópicas de la sociedad existente, que entrapa, atrapa y esclaviza de diversas maneras a los individuos. A la luz de este imaginario distópico, las emociones generalizadas que los radicales buscan liberar se asemejan cada vez más a aquellas contra las que advirtió Paul Goodman

cuando contrastaba el deseo «sin su objeto» y la adopción del «papel del enojo», con el deseo de algo, y la capacidad de enfrentarse a los obstáculos para lograrlo. Los fines del cambio no solo se describen con vaguedad deliberada, incluso cuando están vinculados a actividades prácticas, sino que el análisis de los medios se desarrolla como un alejamiento, menos como un empuje hacia. Goodman explicó el enfurecido deseo de desear como una sensación de paraíso perdido o la idea de “el paraíso todavía no”, pero en lugar de respaldar esta idea como un impulso a la lucha eterna, como sugiere Abensour, la rechazó como una causa de frustración continua[46]. La negatividad y el distopismo de la prefiguración contemporánea cambian el enfoque de la acción: tiende contra la especificación de esperanzas y deseos y socava la carga positiva que Bakunin excluye en su destructividad. El poder de estas imágenes bien podría ayudar a facilitar acciones comunes, masas, ocupaciones y manifestaciones, y los nuevos tipos de cohesión social que defiende Holloway, incluso cuando los fines y los medios de protesta se definen de diversas maneras. Sin embargo, es difícil acomodar las prácticas y comportamientos horizontales expresados ??a través de la ayuda mutua en organizaciones de protesta y campañas comunitarias en estos marcos distópicos, ya que parecen existir «fuera» del mundo real de una manera que hace que su operación parezca parcial, comprometida o imposible. Vinculado a una política más positivamente utópica, este tipo de actividad podría apoyar una variedad de fines y medios e incluso permanecer indeterminado, pero en cualquiera de sus formas, sería posible para todos, participante y observador, amigo y enemigo por igual, apreciar las formas complejas en las que las acciones pueden diseñarse para prefigurar metas utópicas. Mirar nuevamente la historia anarquista ayuda a descubrir algunos usos políticos de la utopía que podrían contribuir a tal enfoque.

Ruth Kinna

Notas:

[1] Uri Gordon, “Utopia in Contemporary Anarchism” in L. Davis and R. Kinna (eds), *Anarchism and Utopianism*, (Manchester: Manchester University Press), 2009, p. 260.

[2] David Graeber, “Occupy Wall Street’s anarchist roots”, *Aljazeera Opinion* 30 November 2011
<http://www.aljazeera.com/indepth/opinion/2011/11/2011112872835904508.html>.

- [3] Benjamin Franks, *Rebel Alliances: The Means and Ends of Contemporary British Anarchisms*, (Edinburgh & Oakland: AK Press and Dark Star, 2006), p. 13
- [4] Franks, pp. 17-18.
- [5] Franks, p. 101.
- [6] Franks, p. 114.
- [7] Cindy Milstein, *Anarchism and Its Aspirations*, (Edinburgh & Oakland/Washington: AK Press/IAS, 2010), p. 68.
- [8] Peter Kropotkin, "Anarchist Morality", in Roger Baldwin (ed), *Kropotkin's Revolutionary Pamphlets* (New York: Dover Books, 1970), p. 100
- [9] Acerca de Tolstoy y Weber véase Sam Whimster (ed.) *Max Weber and the Culture of Anarchy* (Basingstoke: Palgrave Macmillan, 1999).
- [10] La prefiguración es un término familiar en el anarquismo en inglés, pero no aparece en el libro de Daniel Colson *Petit Lexique philosophique de l'anarchisme de Proudhon à Deleuze*, (Paris: Librairie Générale Française, 2001).
- [11] Murray Bookchin, *Social Anarchism of Lifestyle Anarchism: An Unbridgeable Chasm*, (Oakland, CA and Edinburgh: AK Press, 1995)
- [12] Philip Cartelli, "Trying to Occupy Harvard", in the series Occupy, Anthropology, and the 2011 Global Uprisings, Jeffrey Juris and Maple Razsa (eds.), *Cultural Anthropology*, 2012 <http://culanth.org/fieldsights/63-occupy-anthropology-and-the-2011-global-uprisings>. Last access 31 January 2014.
- [13] Marianne Maeckelbergh "Horizontal Decision-Making across Time and Place", Jeffrey Juris and Maple Razsa (eds.), *Cultural Anthropology*, 2012 <http://culanth.org/fieldsights/63-occupy-anthropology-and-the-2011-global-uprisings>. Last access 31 January 2014.
- [14] Maeckelbergh "Horizontal Decision-Making across Time and Place"
- [15] Franks, p. 114.

[16] Christian Marazzi, “Exodus Without Promised Land”, Preface Frederico Campagna and Emanuele Campiglio (eds) to *What We Are Fighting For A Radical Collective Manifesto*, (London: Pluto Press, 2012), p. viii-ix.

[17] El *Anarchist FAQ* habla sobre «el futuro en el presente», vea la discusión de los planos en: <http://anarchism.pageabode.com/afaq/secl2.html>. Last access 31 January 2014.

[18] Uri Gordon define la política prefigurativa como una práctica: la “implementación y exhibición real de las relaciones sociales anarquistas”, *Anarchism and Political Theory: Contemporary Problems*, PhD thesis, University of Oxford, 2007, ch. 3, disponible en http://theanarchistlibrary.org/library/Uri_Gordon__Anarchism_and_Political_Theory__Contem

[19] David Graeber, “The New Anarchists”, *New Left Review*, n° 13, Jan-Feb 2002, 62; Campagna and Campiglio, “Introduction: What Are We Struggling For?” in *What We Are Fighting For*, p. 5.

[20] Campagna and Campiglio, “Introduction: What Are We Struggling For?” p. 5.

[21] See for example Carl Boggs, “Marxism, prefigurative communism, and the problem of workers’ control”, at: <http://libcom.org/library/marxism-prefigurative-communism-problem-workers-control-carl-boggs>

[22] Milstein, *Anarchism and Its Aspirations*, p. 66.

[23] For a recent discussion of liberal anti-utopianism see Lucy Sargisson, *Fool’s Gold: Utopianism in the Twenty-first Century* (Basingstoke: Palgrave/Macmillan, 2012, pp. 22-31

[24] Milstein, *Anarchism and Its Aspirations*, p. 67.

[25] For a recent, pithy description of Parecon see Michael Albert “Participatory Economics From Capitalism”, in Campagne and Campiglio (eds) *What We Are Fighting For*, pp. 11-17.

[26] Franks, *Rebel Alliances*, p. 105.

[27] Milstein, *Anarchism and Its Aspirations*, p. 65.

[28] Mark Antliff, “Bad Anarchism: Aestheticized Mythmaking and the Legacy of Georges Sorel”, *Anarchist Developments in Cultural Studies, Art and Anarchy*, 2011, pp. 162-3

[29] Rocker argumentó: “El anarquismo no es una solución patente para todos los problemas humanos, no es una utopía de un orden social perfecto (como tantas veces se le ha llamado), ya que, por principio, rechaza todos los esquemas y conceptos absolutos. No cree en ninguna verdad absoluta, ni en metas definitivas definidas para el desarrollo humano, sino en una perfectibilidad ilimitada de los patrones sociales y las condiciones de vida humana que siempre se esfuerzan por alcanzar formas de expresión más elevadas y a las que, por esta razón, uno no puede asignar ningún término definido ni establecer una meta fija”. Rudolf Rocker, *Anarchism and Anarcho-Syndicalism*, online en <https://libcom.org/library/anarcho-syndicalism-rudolf-rocker-chapter-1>.

[30] Gordon, “Rethinking Revolutionary Practice”, p. 166; Simon Tormey, “From Utopian Worlds to Utopian Spaces” *Ephemera*, 5 (2005), pp. 394-408.
<http://www.ephemerajournal.org/issue/organisation-and-politics-social-forums>.

[31] Saul Newman, *The Politics of Postanarchism*, (Edinburgh: Edinburgh University Press), 2011, p. 162.

[32] Miguel Abensour, “Persistent Utopia”. *Constellations*, 15 (2008), pp. 406–421.

[33] David Leopold, “The Structure of Marx and Engels’ Considered Account of Utopian Socialism”, *History of Political Thought*, 26 (3), (2005), pp. 443-466

[34] Peter Kropotkin, “Anarchism: Its Philosophy and Ideal” in Baldwin (ed.) *Kropotkin’s Revolutionary Pamphlets*, p.140.

[35] Michael Bakunin, “Stateless Socialism: Anarchism”, from G.P. Maximoff (ed) *The Political Philosophy of Bakunin*, online at http://dwardmac.pitzer.edu/Anarchist_Archives/bakunin/stateless.html

[36] Ruth Kinna, “Anarchism and the Politics of Utopia” in Davis and Kinna (eds) *Anarchism and Utopianism*, (Manchester: Manchester University Press, 2009), pp.

221-240.

[37] For a discussion of Marx's utopianism see Leopold "The structure of Marx and Engels' considered account of utopian socialism", and David Leopold, "Socialism and (the rejection of) Utopia", *Journal of Political Ideologies*, 12 (3), pp. 219-237.

[38] For a discussion of Kropotkin and Fourier see Matthew Adams, "Rejecting the American Model: Peter Kropotkin's Radical Communalism", *History of Political Thought*, 35 (2014), pp. 147-173.

[39] Nicholas Walter, "The Committee of 100: Ends and Means" in David Goodway (ed) *Damned Fools in Utopia And Other Writings on Anarchism and War Resistance*, Oakland, CA: PM Press, p. 79.

[40] Shaun Chamberlain "The Struggle for Meaning" in Campagna and Campiglio (eds.) *What We Are Fighting For*, p. 45.

[41] Mark J. Smith "Practical Utopianism and Ecological Citizenship", in Campagna and Campiglio (eds) *What We Are Fighting For*, p. 82

[42] Franco "Bifo" Berardi "The Transversal Function of Disentanglement" in Campagne and Campiglio, *What We Are Fighting For*, p. 144. Kropotkin argued in very similar terms. In "Anarchist Communism" he wrote: "As to the method followed by the anarchist thinker, it entirely differs from that followed by the utopists. The anarchist thinker does not resort to metaphysical conceptions ... to establish what are, in his opinion, the best conditions for realizing the greatest happiness of humanity ... He studies society and tries to discover its *tendencies* ... He distinguishes between the real wants and tendencies of human aggregations and the accidents (want of knowledge, migrations, ward, conquests) which have prevented these tendencies from being satisfied". In Baldwin (ed.) *Kropotkin's Revolutionary Pamphlets*, p. 47.

[43] Ben Lear and Ralph Schlembach, "If You Don't Let Us Dream, We Won't Let You Sleep?" in Alessio Lunghi and Seth Wheeler (eds.), *Occupy Everything: Reflections on why it's kicking off everywhere*, (Brooklyn: Minor Compositions, n.d.), 43-44.

[44] Mark Fisher “Post-capitalist Desire” in Campagne and Campiglio *What We Are Fighting For*, p. 135.

[45] John Holloway, Afterword, in Campagne and Campiglio *What We Are Fighting For*, p. 204.

[46] Paul Goodman, “On the Intellectual Inhibition of Grief and Anger”, *Utopian Essays and Practical Proposals*, (New York: Vintage Books, 1962), p. 93-109

[LEER EL ARTÍCULO ORIGINAL PULSANDO AQUÍ](#)

Fotografía: Portal oaca

Fecha de creación

2022/11/22